

ASIER MORENO VIZUETE

*La Miasma*

EL TAJO

# HIJA DE LA FRONTERA

BAKUNIA

DE

DEVAR

x Jardine

Larraia

Moalto

RIO B...

Ableda

x Kan

RIO URCAIN

x Matús

Se celebran  
Sangrias

LAS  
NEGRA

x  
TRES  
CASAS

x Cangre

LA  
ARRISA

LOS POZOS  
DE ON



premio minotauro

booket

**Asier Moreno Vizuite**

Hija de La Frontera

minotauro



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

En la decimoctava edición del Premio Minotauro, Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica, el jurado, compuesto por Consuelo Abellán, Tiffany Calligaris, Víctor Conde, Daniel Garrido, Alberto Martín y Guillem Sánchez, acordó conceder el galardón a esta obra, en Barcelona, junio de 2023.

© Asier Moreno, 2023  
Mapas de Fernando López Ayelo, 2023  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Cover Kitchen

Ilustración de la cubierta: Cover Kitchen

Ilustración del mapa: © Fernando López Ayelo

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2025

Depósito legal: B. 3.626-2025  
ISBN: 978-84-450-2009-8  
Impresión y encuadernación: QP Print  
*Printed in Spain* - Impreso en España

# AHORA

## Guerra

### 1

—Guerra. —Al pronunciar aquella palabra, Iumo El Viejo hizo rodar su bola de malayerba de un buche a otro como si de pronto le asqueara—. *Esu* es lo que *nus* espera al otro *lao* de Bosque Blanco, frais, oíd *lu* que os digo. Nuestra recompensa. Guerra y nada más —un esputo de espliego cayó desganado de sus labios para chisporrotear en la hoguera. Una fea sonrisa la que Iumo El Viejo dedicó a sus compañeros: desdentada, las comisuras de sus labios todavía sucias de espuma púrpura.

—*Esu nu* lo sabemos, viejo —rezongó El Largo azuzando la sartén ennegrecida sobre el fuego—. Así que haznos un favor a todos y *nu* seas ave de mal agüero, ¿estamos? Suficiente tenemos ya con lo que tenemos —cabecéó—. *Us* juro que todavía puedo *escucharlos*, frais. Aquí dentro —y se golpeó la sien con uno de sus largos dedos—. Esos *daimonios* hijos de mil moscas mal paridas van a acabar conmigo con sus *sarli-dos*, bien *siuro* que *nu* hay noche en la que consiga pegar ojo. —Sus compañeros asintieron en torno a la hoguera; sabían

de lo que hablaba—. Así que haz el favor: *nu* nos fastidies también los días, ¿oca?

Iumo El Viejo levantó las manos en señal de paz.

—Sea, frae, sea —y escupió los restos de malayerba entre sus ajadas botas—. Mas déjame decirte que nada puede hacerse para evitar lo inevitable, ¿eh? —rio—. La Frontera es de los daján, y de nada sirve quejarse. Si te molestan los *sarlidos* del polvo, frae, quizá deberías buscarte otro oficio. Solo digo *esu* —y metió su cabeza entre los hombros.

—Deja de chincharlo, Iumo —terció Zurro El Zurdo. Al acucillarse junto al fuego, esos cacharros de Antes que le colgaban de la pechera destellaron como espejos incendiados por el sol... *si es que ese sol hastiado tras la calima todavía podía incendiar algo, claro*—. Bien sabemos todos a lo que nos dedicamos, ¿eh? Así que, prae, tengamos la fiesta en paz.

—Sea, sea —repitió el viejo, espantándose las moscas de la cara—. Solo digo que hace demasiado tiempo que Dios nos abandonó para dejarnos como regalo último su mejor cosecha de gases flatulentos, así que de nada sirve quejarse ahora. Llevamos El Pedo de Dios a cuestas, frae —y guiñó un ojo risueño a El Largo—. Somos chatarreros. Nuestro hogar es el desierto, y nuestras noches, de los daján. Y si *esu* basta para joderte la existencia...

—Basta, Iumo —esta vez la voz de El Zurdo sonó más grave—. Basta he dicho.

—Sea, sea...

—El Viejo tiene razón —intervino un cuarto miembro de la compañía dejándose caer junto a los suyos—. El polvo es el polvo, pero *lu* que *nus* espera al otro lado de Bosque Blanco... ¡Ah! —acababa de achicharrarse las puntas de los

dedos al abalanzarse sobre uno de los pedazos de panceta que chisporroteaban sobre la sartén.

—Te está bien merecido, Mediolao —gruñó El Zurdo—. Por defender a quien *nu* debes.

El tal Mediolao, encogiéndose de hombros, se llevó el trozo de panceta a la boca sin importarle un ápice quemarse los morros. Tenía media cabeza cubierta de horribles cicatrices, apenas si le crecía el pelo.

—El Viejo tiene razón —repitió con el buche lleno—. Marchamos al *ueste* con la noticia de la muerte del Cadágara y ¿cuánto ha pasado? ¿Una luna? ¿Más? *Quín* puede *saberlu*, ¿eh? Pero bien *siuro* ha sido tiempo más que de sobra para que Nuncio Cadágara haya dispuesto sus huestes contra su recién entronado sobrinito... Bah —bufó—. El polvo quiso que el difunto Barón se pasara sus mejores soles engendrando hijas y nada más, y ahora todos pagamos las consecuencias. De su padre Albredo V solo tiene el nombre, frais, y, en los tiempos que corren, ese nombre *nu* le servirá de mucho. —Sin dejar de cabecear, echó una ojeada desconfiada a la sempiterna calima que los cercaba—. La Frontera se mueve —gimoteó—. El Pedo de Dios se hace con el desierto, *esus* son los tiempos que corren. Y a más se encoja nuestra bien amada Baronía de Arborias...

—Más guerra *pa tós* —asintió Iumo.

—*Esu* —sentenció Mediolao, apurando su pedazo de panceta y chupeteándose los dedos.

Zurro soltó un sonido gutural como respuesta.

—Con guerra o sin ella, regresar a Arborias significará librame de vosotros, y eso, frais, será de agradecer, ¿eh, *maisse* Largo?

—Bien *siuro*. —El Largo disimuló como mejor pudo su sonrisa, apartando por fin la sartén del fuego y manoteando

para espantar esas dichosas moscas del desierto que ya se echaban sobre la panceta.

—Así que nuestro bien amado jefe deja La Media Doce-  
na, ¿eh? —Iumo miraba a Zurro con los ojos entornados—.  
¿Y qué harás si *pue* saberse? ¿Te unirás a las filas del krae de  
turno bajo su noble bandera? ¿O cobrarás tus buenos rulos al  
servicio de algún perro de la guerra?

—Nada de *esu*, viejo, la guerra *nu* va conmigo. Me he  
pasado la vida entera desenterrando cacharros de Antes de  
Aquello que La Frontera bien ha querido traerme de vuelta, y  
es todo *lu* que sé hacer. Si, tal y como dices, la guerra nos es-  
pera en Arborias, cruzaré el Arba hacia Devar, *nu* soy ningún  
patriota. Después de Aquello hay Frontera de sobra para to-  
dos, *nu* tardaré en encontrarla.

—Oh, pero un buen chatarrero sabría ganarse sus buenos  
rulos de la guerra —sonrió Iumo—. Los baladeros de Antes  
se venderán bien, mejor que nunca.

—Entonces *nu* seré un buen chatarrero, te dejo los rulos  
*pa* ti, viejo —y lo señaló con el pedazo de panceta que acaba-  
ba de tomar de la sartén.

—Un chatarrero cobarde, entonces.

—*Esu* —asintió arrancando un buen pedazo de filete con  
los dientes—. Cobarde y vivo. —Y ceñudo, sin mirarle si-  
quiera—: Y ahora harías bien en amarrar esas bestias. *Nu*  
tardaremos en seguir nuestro camino.

—Bah —Iumo El Viejo miró enfurruñado los carroma-  
tos que rodeaban el campamento—. Suelta a las bestias, ali-  
menta a las bestias, amarra a las bestias... ¿Quién te crees que  
soy, frae? ¿Tu perrito faldero?

—Algo así, sí... —Zurro El Zurdo se estiró cuan largo  
era sentado sobre sus piernas cruzadas y dejó asomar la culata

de ese baladero de Antes que le colgaba bajo el brazo derecho: de todos en La Media Docena, era el único que llevaba una de esas armas de Antes de Aquello, o al menos el único que sabía cómo usarla como La Frontera mandaba—. El más cobarde de los chatarreros y su perrito faldero, *esu* somos, frae. ¿Estamos?

El Largo se atragantó. O al menos disimuló su carcajada lo mejor que pudo.

—El Viejo tiene razón —terció ceñudo Mediolao—. Aquí nadie debería ser el perrito faldero de nadie. De *habermus* traído un par de esclavos...

—Ya votamos por *esu* —lo interrumpió Zurro—. La Rompebotas *nu* quería esclavos en la caravana. Y nosotros necesitábamos a la Rompebotas.

Los rostros de La Media Docena se fueron volviendo uno a uno hacia los lindes del precario campamento, al otro lado de los carros y las bestias que rebuscaban cabizbajas entre las pocas hierbas pajizas que el desierto tenía a bien regalarles. Y allí, emborronada por la calima, una silueta delgada y desgarrada oteaba la vacía y repetitiva inmensidad del yermo.

La piel atezada por el sol, del color de la canela. El pelo negro, rapado en las sienes, le caía rebelde hacia los lados desde las alturas, y de sus trenzas y mechones colgaban piedras y abalorios al estilo de esos salvajes del desierto hijos de mil daján. Para Zurro El Zurdo era una verdadera pena que esa ajada y fina manta que llevaba siempre encima no le dejara adivinar sus curvas, pues bien *siuro* las tenía bien puestas. Quizá un tanto tenues, quizá las carnes de esa zagala sabían demasiado del polvo del camino, pero, dada su situación, Zurro El Zurdo no le habría hecho asco alguno a sus...

—Necesitábamos un Rompebotas que nos guiara en La Frontera, sí —rezongó Mediolao arrancándolo de sus ensoñaciones—. *Nu a esa* Rompebotas. Y si de algo vale mi opinión, empiezo a estar un tanto cansado de sus... sus... *reglas* —manoteó—. Esa mujer es *pior* que un grano en el culo, frais, bien *siuro* lo es.

—Baja la voz —le regañó el siempre cobarde y jovencísimo Saltitos, haciendo honor a su nombre y meciéndose de un lado a otro junto a la hoguera—. Esa Rompebotas tiene buen oído, frae. Ya sabes...

La Media Docena negó en torno al fuego.

—Putos *fêchiceros* —masculló Iumo.

—El polvo se *lus* lleve —cabeceó Mediolao.

—A ellos y a sus puntas —rumió Saltitos.

—Mmm —los secundó el siempre parco en palabras *maisse* Huraño.

Como chatarreros que eran, siempre a lomos de la calima de un lado a otro de El Pedo de Dios, estaban más que acostumbrados a las puntas de los *fêchiceros*, pero no por eso dejaban de desconfiar de ellas. Y más aún en los tiempos que corrían, más cuando La Frontera recuperaba terreno perdido.

—Sea como sea, ella es todo cuanto encontramos, ¿recordáis? —gruñó ceñudo El Zurdo; empezaba a perder la paciencia—. Necesitábamos a alguien que nos guiara más allá de Bosque Blanco, y con todo ese asunto de la muerte del Cadágara, solo ella estaba dispuesta a hacerlo. Se votó y se decidió, así que *nu* hay más que hablar, por La Frontera. Además, *nu* podéis negarme que de *nu* ser por esa zagala y sus puntas, ninguno de nosotros estaría aquí ahora.

—Razón tienes, frae —cedió El Largo.

—Sí, esa zagala sabe *lu* que se hace —continuó Zurro—. En todos los sentidos —y se acarició distraído esos cacharros de Antes que le colgaban del cuello—. Por muy buenos charreros que nos creamos, ella sabe más de estas cosas que *tós* nosotros... ¿Sabéis que *lus* de Antes usaban estas cosas para hablar de una punta a otra del mundo? —Se llevó uno de los cacharros a la oreja—. Algo así... *Esu* me dijo —y se encogió de hombros dejándolo caer de nuevo—. Así que oíd *lu* que *us* digo: tenemos suerte de haberla encontrado. Gracias a ella, pronto estaremos de vuelta. Muy pronto.

Casi todos en La Media Docena asintieron. *Casi* todos.

—Pues lo que yo creo, frae —Iumo El Viejo lo miraba burlón desde el otro lado de la cada vez más exangüe hoguera—, es que esa zagala te ha encandilado y bien con sus puntas... ¡O con su culo huesudo! —añadió con una risotada.

La Media Docena se tapó como pudo sus bufidos y sus carcajadas, echando miradas de soslayo hacia los lindes del campamento... *Son peor que zagales con las pelotas llenas de adolescencia*, rumió para sus adentros El Zurdo.

*Mucho peor.*

—Tiene nariz de hombre —siguió Medioloa.

—Y es seca como el polvo —lo coreó El Viejo.

—Mmm —gruñó *maisse* Huraño.

*Por La Frontera...*, El Zurdo se masajeó las sienes para no arrancarles la cara a mordiscos.

—¿Sabéis qué? —gruñó—. Ojalá *nus* esté oyendo, frais. Ojalá la Rompebotas sea una *fchicera* de las *piores*. Y ojalá, esta misma noche, haga de vuestras criadillas un par de bolsas inertes por y para siempre. —Al levantarse del fuego, se quitó con tal fuerza el polvo de encima que sus compañeros cesaron en sus pullas y retrocedieron todo cuanto pudieron; lo

conocían bien—. Amarra a las bestias, Iumo —le ordenó—. Y los demás, recoged esto y pronto, ¿estamos? *Pior* que zagalas —farfullaba, ya dándoles la espalda y pisoteando el polvo del desierto—. Ojalá los cuervos *us* saquen los ojos.

Para corear sus maldiciones, los cuervos, jocosos, graznaron desde la calima, y Zurro El Zurdo, con los puños apretados, se mordió con tal ahínco los carrillos que a punto estuvo de saborear la sangre entre sus dientes. Odiaba a sus compañeros, esa era la verdad; quizá El Largo se salvaba, pero a los demás los odiaba a todos por igual. Y también a los cuervos. Y a las incansables moscas del desierto que les hostigaban día tras día jodiéndoles la existencia, *¿qué daimonios se suponía que comían esos bichos cuando no estaban ellos allí?* Espantó a un par de ellas que le copulaban sobre la frente, ladró un par de órdenes sin sentido a sus compañeros y estos obedecieron tan desganados como siempre, Iumo El Viejo sin borrar esa estúpida sonrisa suya sucia de malayerba.

—¡Borra esa sonrisa, Iumo, me oyes? —ladró—. ¡Bórrala ya!

La caravana de chatarreros no tardó en ponerse en marcha. Amarraron a las bestias, fijaron las lonas de los carros para proteger su tan preciada mercancía de El Pedo de Dios y, con la Rompebotas en cabeza, echaron a andar arrastrando los pies por el polvo del desierto.

El paisaje resultaba desolador. Según la Rompebotas ya habían dejado atrás La Frontera, pero la verdad era que Zurro El Zurdo no lo tenía tan claro. Los mismos matojos deshojados, las mismas laderas de rocas quebradas para marcarles el camino. El mismo desierto de siempre y la calima robándoles el horizonte, así eran las cosas. Los mismos cuervos, las mismas moscas... Zurro El Zurdo se subió la mordaza y, de paso,

ahogó un hondo quejido. Al menos ya no tenían que cargar con sus cacharros, y eso era toda una suerte, ¿verdad? Sí, bien *siuro* lo era. La Frontera no era para las bestias, todo el mundo lo sabía. Por muy buenas que fueran esas mulas suyas (que no lo eran), no hubieran podido soportar los *sarlidos* del desierto, ni una noche siquiera, y no fue hasta que llegaron a ese puesto fronterizo cuyo nombre Zurro ya ni siquiera recordaba, que la Rompebotas les permitió gastarse los rulos en un par de bestias de carga. Era dura esa mujer, eso nadie podía negarlo. Su compañía, sus reglas, ese era el trato, y si no te gustaba, ya podías buscarte a otro que te guiara por el desierto.

A Zurro le costó lo suyo darle alcance. Se había pasado la vida pateando el duro suelo del desierto, pero los soles empezaban a pasarle factura, y por La Frontera que esa Rompebotas no conocía el significado de la palabra cansancio.

—Mare —la llamó poniéndose a su lado; disimuló como mejor pudo su fatiga y señalando con el pulgar por encima de su hombro—: Espero que *nu* te hayan molestado esos lupen, ¿eh?

La Rompebotas apenas si se encogió de hombros, y desde luego no pronunció palabra alguna.

—*Nu* tienen mala intención, ya los conoces. Es solo que... —Zurro El Zurdo se metió la mano bajo la mordaza y se rascó la perilla—, bueno —suspiró—, digamos que son lo que pueden, ¿eh? Digamos que lo intentan. Así que *nu* se lo tomes a mal.

—*Nu* lo hago.

—Ya... Es solo que están cansados, ¿oca? —siguió excusándolos—. *Nu* son mala gente... —A Zurro le costaba lo suyo seguirle el ritmo—. Entonces —jadeó al rato—, ¿llegaremos hoy a Bosque Blanco, mare?

De nuevo ese parco gesto suyo.

—Si el sol *nu* se tuerce, sí.

—Ya... —Zurro le sonrió tras la mordaza—. Pues espere-  
remos que *nu* lo haga, ¿eh?

—Esperemos, sí.

Zurro ahogó un gruñido; esa zagala era dura de roer. Si hacía memoria, las únicas veces que había conseguido arrancarle un par de frases seguidas había sido pegada a un pellejo de cerveza. Llevaban más de una luna compartiendo camino, pero la verdad era que Zurro no sabía nada de esa mujer además de los rumores que ya había escuchado, y estos tampoco sabían demasiado. Se le tenía en alta estima por esos polvos, esa mujer era buena en lo suyo. Se podía confiar en ella y, en los tiempos que corrían, eso ya era mucho. Pero poco más, ni siquiera un nombre o un mote. Por esos polvos ella era la Rompebotas, nada más. Y Zurro, que siempre había presumido de saber ganarse a la gente, empezaba a darse por vencido.

—Tenemos mucho que agradecerte, mare —siguió agasajándola—. De *nu* ser por ti *nu* habríamos salido con vida de La Frontera. —Nada, ni un gesto—. Esos aulladores hijos de mil daján *nu* dejaban de hostigarnos, ¿eh? Pero tú supiste despistarlos. Tú nos salvaste de esos salvajes.

—*Nu* eran salvajes, *maisse* Zurro —¿quizá su ceño se había arrugado?—. Los aulladores nada tienen que ver con los moosa. Solo con el polvo. Solo con los daján.

Cuatro frases. Eso ya era todo un logro.

—Mis disculpas, mare —gruñó—. Pero el caso es que tú nos salvaste, bien *siuro* lo hiciste. Y por eso, te estoy agradecido.

—Para eso me pagáis.

Dicho aquello, la Rompebotas aligeró la marcha, y Zurro, arrugando los morros, se fue quedando atrás. Estaba

claro que la zagala no tenía gana alguna de intimar con un viejo como él, así eran las cosas... Y la verdad sea dicha, con ese sol de justicia arrugado tras El Pedo de Dios, en su cenit, Zurro no tenía gana alguna de seguirle el ritmo. Le había arrancado cuatro frases seguidas, y eso ya era bastante. Puede que los soles le pesaran, pero por La Frontera que todavía era bueno en lo suyo: Zurro El Zurdo caía bien a la gente, así eran las cosas. Y si de verdad la guerra los esperaba en Arborias... Bah, no merecía la pena pensar en eso. Con guerra o sin ella, él sabría apañárselas, vaya que sí. Como solía decirse: más sabía el desierto por viejo que por desierto, y él siempre había estado por encima de la media.

Dejó que El Largo lo alcanzase. El desierto no era tan malo si uno se atrevía a compartirlo.

## 2

Apenas se hubo alejado unos pocos pasos del chatarrero, la Rompebotas dejó resbalar por sus labios el fantasma de su sonrisa. La verdad era que ese hombre le caía bien, mejor que muchos, al menos. Pero, como su padre solía decir: «cuidate de las sonrisas en el desierto», y ella, siendo la mujer joven que era, tenía que cuidarse y mucho de las sonrisas, hasta de las suyas propias. Pues si ofrecías la mano, te agarraban el brazo. En el desierto la amabilidad se confundía a menudo con la debilidad, y si una quería sobrevivir, era mejor mantenerse alejada de los demás.

Eso le había enseñado su padre, sus frases:

*Mantente viva, mantente al margen.*

*Si no tienes nada que decir, mejor no digas nada,* le decía.

Y también: *Un buen Rompebotas nunca cuenta su propia historia.*

Su padre tenía frases de sobra para ella. Su padre había sido muchas cosas en su vida, puede que demasiadas, pero, sobre todo, al menos para ella, había sido el mejor Rompebotas que el desierto jamás había engendrado. Y le había enseñado bien, eso no podía negarlo. Por mucho que doliera recordar. Por mucho que, al sonreír, le diera por pensar en él, todas y cada una de las veces. Por mucho que, desde que pasó lo que pasó, tuviera que cuidarse, y mucho, de sus sonrisas.

La Rompebotas esperó a estar lo bastante alejada de los otros para dejar salir ese suspiro que le roía las entrañas. Nunca salía del todo, siempre se le quedaba *algo* dentro, pero una solo tenía que preocuparse por el siguiente paso, nada más. Esa frase no era de su padre, pero no era una mala frase. Al fin y al cabo, paso tras paso, las cosas no le iban tan mal, ¿verdad? Y las huellas que dejaba tras de sí... bueno, digamos que eran solo eso. *Huellas.*

### 3

Al caer la tarde el horizonte era rojo y refulgente. Las sombras se alargaron desde el oeste; la caravana, una delgada serpiente negra en el desierto. Y al este, la calima menos fiera, se adivinaban los árboles pelados y deshojados de Bosque

Blanco. Una línea de pilares retorcidos como huesos clavados a la tierra, huesos de sangre bajo el sol del atardecer hasta donde alcanzaba la vista. Una trocha hundida lo cruzaba, el cauce seco de un río cuyas aguas hacía demasiado tiempo que no pasaban por allí.

—*Lu* has encontrado, mare. —La Rompebotas se apartó apenas ese chatarrero puso su manaza sobre su hombro; aquello eran demasiadas confianzas—. Río Muerto. El polvo te sea dulce.

La Rompebotas apenas si asintió.

—Qué sería de nosotros sin ti, ¿eh? —continuó el chatarrero; al rato—: Bosque Blanco *lu* llaman, pero viéndolo ahora, mare, viéndolo así, yo más bien *lu* llamaría Bosque Rojo, ¿eh? —La Rompebotas no reaccionó a sus chistes—. Ya... *Nu* vamos a cruzarlo ahora, ¿verdad?

Ella se volvió para encarar al chatarrero.

—Sabes que *nu* —le dijo—. Bosque Blanco es de los da-ján. Esperaremos al amanecer.

—Brindemos, entonces. —El chatarrero se llevó un pellejo al gznate y, tras limpiarse los morros con el antebrazo—: Bebe, mare. Te *lu* has ganado.

—Supongo que sí.

A *maisse* Zurro le bastó con ladrar un par de órdenes para que La Media Docena levantara el campamento. Buscaron para ello una loma que los protegiera del frío viento del norte y utilizaron sus carros para amurallarse del desierto. Las llamas de la hoguera no tardaron en pincelar sus lonas, y uno a uno, los chatarreros, así como las polillas más madrugadoras, se reunieron en torno al fuego.

—¡Ya queda menos, *manisses!* —escuchó graznar a Iumo El Viejo, y a sus compañeros al corearlo:

—¡Y que *lu* digas, viejo!

Y era verdad. Con guerra o sin ella, se les veía contentos porque el viaje llegara a su fin, y la Rompebotas, desde la seguridad que le daban las sombras, hasta se permitió otro de sus suspiros. No podía confiarse, claro, pero estaban lo bastante lejos de La Frontera como para no tener que preocuparse por los daján aquella noche. Además, con lo que esos chatarreros llevaban en sus carros, podrían permitirse pagarle sus buenos rulos, y eso bien merecía un par de vítores. Así que, cuando *maisse* Zurro levantó su pellejo a orillas del fuego, ella levantó el suyo desde sus sombras. No sonrió, claro, no vitoreó ni coreó como ellos, pero por La Frontera que un trabajo bien hecho merecía un brindis. Un brindis desde la distancia, sí, a su manera, pero brindis de todos modos.

La Rompebotas pegó los morros a su pellejo y se permitió darle un buen trago. De sobra sabía que el alcohol no siempre le sentaba bien, que pronto hasta vería guapos a esos hijos de mil moscas mal paridas, que hasta le caerían bien, pero se lo había ganado. Y si una quería saber hacerse un nombre por esos polvos, no bastaba con mantener las distancias. A veces, solo a veces, una buena Rompebotas tenía que hacerles ver a los demás que era tan humana como ellos. Su padre se lo había enseñado. Su padre, a veces, era el mejor humano del mundo.

Otro trago. Y otro más. A veces bastaba con beber lo suficiente para dejar de recordar.

*A veces.*

Los pocos vítores que todavía sobrevivían a la noche anterior se extinguieron apenas La Media Docena se vio cercada por los primeros árboles; los chatarreros alzaron sus rostros hacia la deshojada bóveda del techo y, como beatas ante el altar, esas reseca bocas suyas que hace no tanto debatían sobre los mejores lupanares de La Postrera, regalaron a Bosque Blanco sus mejores oraciones. La luz matutina refulgía contra los troncos desnudos que escoltaban el cauce seco del río, la arboleda por fin hacía honor a su nombre, y por mucho que hubieran dejado El Pedo de Dios atrás, por mucho que no hubieran dejado de quejarse del polvo todos y cada uno de los días, con todas y cada una de sus noches, la Rompebotas estaba segura de que esos chatarreros suyos ya lo echaban de menos.

Se contaban historias horribles sobre Bosque Blanco. La mayoría de esas historias, como casi siempre, poco o nada tenían que ver con la realidad, pero la verdad nunca importó demasiado por esos polvos. De hecho, eran los mismos Rompebotas que se atrevían a cruzar la arboleda, los *pocos* que se atrevían a hacerlo, los que inventaban esas historias. Los chatarreros estaban dispuestos a pagar verdaderas fortunas por ser los primeros en llegar a La Frontera, y cuanto más peligroso resultara Bosque Blanco, mayores serían los beneficios y menor la competencia. A veces esas historias no bastaban, claro, tarde o temprano siempre aparecía algún grupo de chatarreros que, creyéndose más listos que los demás, decidía cruzar la arboleda sin un Rompebotas que los guiara. Pero las mejores mentiras eran las que guardaban las mejores verdades,

y los pocos de esos chatarreros que conseguían regresar con vida, no hacían sino acrecentar la leyenda del lugar. Esos pobres diablos regresaban con la peor de las verdades a cuestras: Bosque Blanco pertenecía a los daján. A los *daimonios* y sus *sarlidos*. Y si no conocías sus senderos...

—¿Mare? —la voz de *maisse* Zurro tembló en el silencio reverencial que sacudía la compañía.

A sus espaldas, la caravana más apretujada que nunca. Medioloa hasta se había sacado esa ballesta suya de la espalda y barría el bosque con los ojos boquiabiertos. De las sonrisas de Iumo El Viejo no quedaba ni rastro y de la garganta del joven Saltitos manó un torpe gemido cuando desde las copas de los árboles un par de grajos echaron a volar.

—Mmm —gruñó *maisse* Huraño con la frente perlada de sudor.

Y eso que apenas si se habían adentrado unos pocos pasos en la arboleda.

—¿Sí, *maisse* Zurro?

—Oh, *nu* es nada —su sonrisa más bien parecía el filo de un buen cuchillo—. Solo... —se frotó la perilla de arriba abajo—, ¿*nu* podríamos aligerar un poco, mare? Este silencio hijo de mil daján *nus* está matando a todos.

—Podríamos. Pero *nu* lo haremos.

—¿Y *esu* por qué, si *pue* saberse? —Zurro El Zurdo echó un par de miradas desconfiadas a las empinadas laderas que cerraban la trocha, y *maisse* Largo, que lo seguía bien pegado a su espalda, asintió como para refutar su pregunta.

—Si un plumadiente del desierto te bufa *nu* echas a correr, chatarrero.

De nuevo la cabeza de *maisse* Zurro saltó de un lado a otro de la trocha.

—¿Y se supone que alguien... —tosió—, que *algo* nos está bufando, mare?

La Rompebotas enterró la cabeza entre sus hombros.

—Puede ser, sí —ocultando su sonrisa como mejor podía.

La verdad era que le divertía y mucho verlos así. A esos hombres del desierto, que no dudaban en sacar sus puñales a relucir si la ocasión lo merecía. En el camino de ida todavía no tenían la confianza suficiente, al cruzar el bosque ellos no se habían atrevido a interpellarla y ella, como una buena Rompebotas, se había mantenido al margen. Pero si ahora no iba a poder gozar de su silencio... Bueno, digamos que todavía podía sacar provecho de la situación, y cuando por el rabillo del ojo vio que *maisse* Zurro dejaba resbalar sus dedos sobre la culata de su baladero, le dijo:

—Eso *nu* te servirá de mucho, chatarrero. *Nu* los hagas enfadar, ¿oca?

—Claro, mare. —El chatarrero apartó la mano de su baladero como si de una serpiente se tratara, y volviéndose hacia los demás—. ¡Bajad esas armas, hijos de mil moscas mal paridas! —ladró—. ¡Bájala, Iumo!

La Rompebotas tuvo que morderse la lengua para reprimir una carcajada: su padre había sido el mentiroso perfecto, pero, al parecer, ella no se quedaba a la zaga. La verdad era que Bosque Blanco *sí* que era lo bastante peligroso como para resultar una amenaza, pero no ahora, con los rayos matutinos incendiando la arboleda.

*No juegues con un perro por dura que sea su correa, Ildi*, solía decirle su padre.

Y sí, al recordarlo su carcajada se fue al carajo de una vez y para siempre, y ceñuda:

—Silencio ahora, ¿oca, chatarrero? Necesito silencio. —Si no iba a poder jugar con ellos, más le valía tenerlos asustados.

*Maisse* Zurro ordenó silencio a los suyos con un par de gestos; le caía bien ese hombre.

Y en ese silencio reverencial, algo rompió de nuevo la bóveda deshojada de la arboleda, alas negras como papel quemado en sus oídos. Bosque Blanco crujía. Sus huesudas manos rasgaban el cielo, en sus profundidades el polvo, lechoso al amanecer, se levantaba como bruma para cercarlos. En el silencio Bosque Blanco *sarlaba*, nunca dejaba de hacerlo, y de las resacas bocas de los chatarreros ya no manó otro ruido que no fuera el de sus torpes oraciones.

## 5

—Mare —tembló la voz de Zurro El Zurdo—. Creo que alguien *nus* sigue. Creo... creo... Oh, por La Frontera —se desinfló—. Están por todas partes.

Y era verdad. De las ramas desnudas de los árboles colgaban plumas y pedernales, astas de hacra y dientes de sigaar, abalorios y leños trenzados en forma de red, huesos. Como todo en Bosque Blanco, los tótems de los moosa crujían a su paso, desde las alturas, y tras la borrosa blancura de la calima, siluetas difusas y sombrías para escoltarlos. Los cuerpos pintados de barro. Historias enteras en esos cuerpos.

—¿Qué hacemos, mare?

—Nada —le espetó la Rompebotas—. Ya es tarde para dar media vuelta. Seguimos.

—¿Seguimos? —gimoteó—. ¿Y si...?

—Si nos quisieran muertos ya seríamos pasto para los cuervos, chatarrero. Sigamos. *Nu* hay nada que temer.

Aunque, la verdad sea dicha, la Rompebotas no estaba del todo segura de eso. Era la primera vez que se topaba con los moosa tan al sur, tan lejos del desierto. Además, estaban vestidos para la guerra: máscaras de hueso para cubrir sus rostros, coronas emplumadas, tabardos leñosos. Los moosa empuñaban lanzas de piedra y porras de pedernal, y por La Frontera que la Rompebotas no estaba del *todo* segura de que no tuvieran nada que temer. Estaban acorralados, y eso era malo. A las bestias acorraladas podía darles por morder, y si a alguno de sus chatarreros le daba por hacer alguna tontería...

—Calma a los tuyos, Zurro —le ordenó la Rompebotas extendiendo una de sus palmas desnudas; tardó en darse cuenta de que le temblaba—. El hierro de nada nos servirá aquí.

Y tampoco sus puntas, bien lo sabía ella. Estaba muy lejos de ser una sorga avezada, pero, aun siéndolo, sus fetiches no tendrían nada que hacer allí. Eran muchos, demasiados. Bosque Blanco ya no pertenecía a los daján, los crujidos del bosque eran los crujidos de esos tótems mecidos por el viento, y los árboles de hueso se alzaban para reverenciarlos.

Se obligó a llenar de aire sus pulmones, a soltarlo. Levantó Soma para calmarse los nervios, La Primera Punta de El Triángulo Cuerpo, de Riga. De sobra sabía que los moosa podrían oler sus puntas, que podrían tomárselo como una amenaza, pero necesitaba de su *fehicería* para poder pensar con claridad. Una cosa estaba clara: de quererlo, ya estarían muertos. Por alguna razón los moosa no querían hacerles

daño, la guerra que vestían no era para ellos; pero ¿qué hacían allí, entonces?

Gracias a Soma pudo darse cuenta de algo: cada par de ojos, cada una de esas miradas abismales que los cercaba, parecía centrarse solo en ella. Y no, no era la primera vez que la Rompebotas sufría el escrutinio de los moosa. Pero se suponía que aquello había quedado atrás, ¿verdad? Que aquello pertenecía a otra vida, a otros tiempos... Levantó Pneuma, Primera Punta de Raga. Si calmar el cuerpo no bastaba, calmaría también la mente, los recuerdos. Si querían salir con vida de allí, tenía que ser capaz de gobernar sus pensamientos. De nada servía ahora recordar, de nada servían los fantasmas.

*Respira*, le ordenaba Soma.

*Ahora, solo ahora*, recitaba Pneuma.

La mezla la invadió, y el bosque tembló por eso. Los límites de su visión se suavizaron para luego hincharse como deformados por una lente. Las siluetas de los árboles más claras que nunca, como pintadas a lápiz sobre un lienzo en blanco. Cada paso más pesado, más firme; su aliento ya no tan quebrado por el miedo. Los cazadores de los moosa rodeaban los primeros árboles que cerraban la trocha, y tras ellos, antes invisibles, las madres y los niños, las ancianas. Aquello no era solo una pequeña avanzadilla de exploradores, ocultos en la arboleda los moosa eran tribu y eran clan.

Los moosa huían del desierto, pero ¿por qué?

La Rompebotas cabeceó. Azuzó a la mezla y la mezla respondió. Soma y Pneuma fueron emborronando la presencia de los moosa, y un paso tras otro, despacio, La Media Doceña se fue alejando de los tótems que crujían desde la desnuda bóveda de los árboles. De esas siluetas sombrías y del barro de sus historias. De esas miradas viejas como el hambre. Y si

ella conseguía mantener la calma, si ella no temblaba, quizá conseguirían salir de allí con vida. Si ella se mantenía firme, entera, quizá, solo quizá, esos chatarreros hijos de mil moscas mal paridas no cometerían ninguna estupidez.

*Quizá.*

Y de fondo, muy lejos, al otro lado de sus puntas: *Nu te acerques a ellos, Ildi. Nunca, ¿me oyes? Ellos, de ti, solo esperan la muerte.*

A veces ni la mezcla bastaba para espantar el pasado.

—Los dejamos atrás. —Aquel era *maisse* Largo. Y si la Rompebotas no le ladró a la cara, si no se echó sobre él, fue gracias a sus puntas.

—Silencio —le espetó ceñuda.

La Media Docena apretó el paso tras sus huellas; cabizbajos, como si bastara con dejar de mirarlos para que los moosa dejaran de verlos a ellos.

El cauce seco del río dibujaba una pronunciada curva hacia el sur. Las paredes crecían a cada lado, la trocha se hacía cada vez más profunda y la Rompebotas hasta se permitió echar una ojeada por encima del hombro: Zurro El Zurdo la seguía de cerca, con El Largo pisándole los talones. A Medio-lao le castañeteaban de tal manera los dientes que enmudecía los crujidos del bosque, Iumo El Viejo jadeaba, *maisse* Huracán se mordía los labios hasta hacérselos sangrar, y por las mejillas del joven Saltitos corrían mudas las lágrimas para barrerle la mugre que llevaba encima. Y sin embargo, las bestias tranquilas, sus mulas, en ningún momento se habían sentido en peligro ante los moosa; serenas, más bien. Como arrulladas por su presencia.

Lo estaban consiguiendo. Al volverse, la Rompebotas apenas si pudo distinguir sus siluetas. Al rato:

—Putos salvajes —escuchó suspirar a *maisse* Largo.

La Rompebotas no supo contenerse. De puro alivio había dejado caer sus puntas, y el miedo que rasgaba su coraza penetró por cada fisura para inundarla por completo. Y del miedo: la rabia, el ansia que temblaba su cuerpo, tanta que, rauda como una serpiente, se volvió para soltarle tal puñetazo en los morros a *maisse* Largo que este cayó de culo al suelo.

—¿Qué sabes tú de los moosa? —vomitó; todo dientes su rostro—. ¿Eh? ¿Qué sabes tú?

Todos la miraban. Desde el suelo, El Largo, con los labios partidos y los ojos boquiabiertos, boqueaba, más sorprendido que dolido por el golpe. Los crujidos del bosque, mientras La Media Docena la miraba sin comprender, eran los mismos crujidos de siempre. Y ella era el centro de todo. Ella, por culpa de sus

*ellos, de ti, solo esperan la muerte*

huellas, había perdido del todo la compostura. Otra vez. Y al darse cuenta, al respirar, la mano le dolía. La vergüenza.

—¡Silencio, he dicho! —ladró, para darles la espalda y seguir por la trocha pateando el polvo del suelo.

Quería disculparse, pero no lo hizo. Se sentía mal, sentía que la había cagado y bien, pero si una quería ganarse un nombre por aquellos polvos, no podía dar el brazo a torcer. Una tenía que mantenerse al margen, mantenerse viva. Y si de verdad la guerra los esperaba al otro lado de Bosque Blanco, ella iba a tener que saber mantener sus huellas a buen recaudo.

Una buena Rompebotas nunca contaba su propia historia. Así eran las cosas.